

CAPITULO II

— A lo ménos confesareis, replicó el Conde de Erfeuil, que bajo cierto respecto no tenemos que aprender cosa alguna de nadie : nuestro teatro es indudablemente el mejor de Europa ; porque no discurre que los mismos Ingleses piensen oponernos su Shakspeare. — Perdonad, interrumpió Mr. Edgermond ; sí, lo piensan. — Y dicha esta palabra, volvió á su silencio. — En tal caso, continuó el Conde con sonrisa y manifestando un agradable desprecio, nada tengo que decir ; cada cual pensará como quiera ; pero yo persisto en creer que sin presuncion podemos afirmar somos los primeros en el arte dramático ; y en cuanto á vuestros Italianos, si es lícito hablar con franqueza, ni siquiera saben que hay arte dramático en el mundo. Para ellos, la pieza es nada, la música es todo : si el segundo acto tiene mejor música, empiezan por el segundo acto ; si los dos primeros actos de dos piezas diferentes, representan aquellos dos actos en un mismo dia, y colocan entre ellos un acto de una comedia en prosa, que por lo regular contiene excelente moral ; pero una moral compuesta toda de sentencias remitidas ya por nuestros antepasados á los extranjeros, como demasiado rancias para sí. Vuestros célebres músicos

mandan á vuestros poetas ; uno declara que no puede cantar si no está en su aria la voz *felicitá* ; el tenor pide *la tomba*, y el tercer cantor no puede hacer gorjeos sino con la palabra *catene* ; y es preciso que el pobre poeta concilie como pueda estos diferentes gustos con la situacion dramática. Aun no es esto todo : hay *virtuosos* que no quieren entrar en el teatro á pié llano ; hanse de mostrar primero en una nube, ó han de bajar de lo mas alto de la escalera de un palacio, para que su entrada llame mas la atencion. Acabada el aria, ora sea la situacion tierna, ora violenta, ha de saludar el actor dando gracias por los aplausos ; y el otro dia, en Semíramis, despues que el espectro de Nino cantó su aria, el actor que representaba con su traje de sombra, hizo una gran cortesía al patio, lo cual disminuyó mucho el efecto de la aparicion.

En Italia se han acostumbrado á mirar el teatro como una gran sala de reunion, donde no se escuchan mas que las arias y el baile ; y con razon digo *donde no se escucha mas que el baile*, porque solo entónces empieza á haber silencio en el patio ; y aquel baile es tambien un modelo de pésimo gusto. Fuera de los grotescos que son verdaderas caricaturas de la danza, no comprendo lo que divierte en estos bailes, como no sea su ridiculez : he visto á Gengis-kan, puesto en baile, cubierto todo de armiño, y lleno de hermosos sentimientos, porque cedia su corona al hijo del rey que habia vencido, y le

levantaba por un pié en el aire, nuevo modo de poner á un monarca en el trono. Tambien he visto el sacrificio de Curcio, baile en tres actos con todos sus intermedios, en que Curcio, vestido de pastor de Arcadia, danzaba largo rato con su dama, ántes de montar en un caballo verdadero en medio del teatro, y arrojarse así en un abismo de fuego, hecho de raso amarillo y papel dorado. Por último, he visto toda la historia romana en compendio, en un baile, desde Rómulo hasta César.

— Todo eso es muy cierto, respondió el príncipe de Castel-Forte con suavidad; pero habeis hablado solo de la música y de la danza, y en ninguna parte se llama eso el teatro dramático. — Peor es, interrumpió el Conde de Erfeuil, cuando representan tragedias ó dramas que no se titulan *drama de fin alegre*; entónces reunen mas horrores en cinco actos que caben en la imaginacion. En una pieza de esta clase, mata el amante en el segundo acto al hermano de su amada; en el tercero da un pistoletazo á su dama en el mismo teatro; el cuarto le ocupa un entierro; en el intermedio del cuarto al quinto acto, el actor que representa al amante, viene á anunciar con la mayor tranquilidad al patio las arlequinadas para el otro dia, y vuelve á la escena en el quinto acto para matarse de otro pistoletazo. Los actores trágicos están perfectamente acordes con la frialdad y la hinchazon de las piezas: cometen todas estas horrosas acciones con suma serenidad. Cuando un

actor se agita, dicen que gesticula como un predicador; porque en realidad, se advierte mas accion en el púlpito que en el teatro; y es fortuna que los actores sean tan sosegados en lo patético, pues como nada interesa en la pieza, ni en la situacion, cuanto mas ruido hiciesen, parecerian mas ridiculos; y si quiera fuese el ridículo entretenido; mas es uniforme y cansado. Lo propio sucede en Italia con la comedia que con la tragedia, y en esta carrera tambien somos los primeros: el único género verdaderamente peculiar de Italia, son las arlequinadas; un criado bribon, goloso y cobarde, un anciano tutor burlado, avaro y perdido de amores, este es todo el argumento de sus piezas. Ciertamente confesareis que no son necesarios muchos esfuerzos para semejante invencion, y que el hipócrita y el misántropo manifiestan algo mas de genio.

Este acometimiento del Conde de Erfeuil desagradaba bastante á los Italianos que le oian; mas sin embargo, reíanse, y el Conde de Erfeuil gustaba mucho mas de ostentar talento que bondad en la conversacion: su benevolencia natural influa en sus acciones, y su amor propio en sus palabras. El príncipe de Castel-Forte y todos los Italianos que se hallaban allí estaban impacientes por responder al Conde de Erfeuil; pero como creian que Corina defenderia su causa mejor que ningun otro, y no los estimulaba el deseo de lucir en la conversacion, su-

plicábanla contestase, y se contentaban con citar los nombres famosos de Maffei, Metastasio, Goldoni, Alfieri, Monti. Corina convino desde luego en que los Italianos no tenían teatro; mas intentó probar que las circunstancias, y no la falta de talento, lo motivaban. La comedia que depende de la observacion de las costumbres, no puede existir sino en un país donde se vive habitualmente en el centro de una sociedad numerosa y brillante; no hay en Italia mas que pasiones violentas, y deleites perezosos, y las pasiones violentas producen delitos ó vicios de color tan subido que hacen desaparecer todas las tintas débiles de los caractéres. Pero la comedia ideal, digámoslo así, la que depende de la imaginacion, y puede adaptarse á todos tiempos, y á todos países, se ha inventado en Italia. Los personajes de Arlequin, Brighella, Pantalon, etc., se encuentran con el mismo carácter en todas las piezas; tienen bajo todos aspectos máscaras, no rostros; es decir, que su fisonomía es la de tal clase de personas, y no la de tal individuo. Es cierto que los autores modernos de las arlequinadas no tienen el mérito de haberlas inventado, puesto que han hallado todos los papeles distribuidos de antemano como las piezas de un ajedrez; pero la primera invencion es de los Italianos, y estos personajes estafalarios que desde un extremo á otro de Europa entretienen á los niños y á los hombres, á quienes hace niños la imaginacion, deben mirarse como una

creacion de los Italianos, que les da derechos al arte de la comedia.

La observacion del corazon humano es un manantial inagotable para la literatura; pero las naciones, mas dispuestas á la poesía que á la reflexion, se entregan mejor al arrebató de la alegría que á la ironía filosófica: la burla fundada en el conocimiento de los hombres, es siempre algo triste; y solo á la imaginacion pertenece la alegría que no ofende. No porque los Italianos dejen de estudiar con habilidad á los hombres con quienes tratan, y de descubrir con mas finura que nadie los pensamientos mas ocultos; sino porque este talento en ellos sirve para su conducta, y no le emplean en materias literarias: tienen en su carácter cierta prudencia, cierto disimulo que acaso les aconseja no manifestar en lo exterior, por medio de las comedias, lo que les sirve para gobernarse en sus relaciones particulares, y no revelar en las ficciones del entendimiento lo que puede ser provechoso en las circunstancias de la vida real.

Maquiavelo, no obstante, léjos de ocultar cosa alguna, ha hecho conocer todos los secretos de una política delincuente; y por él se puede advertir de qué terrible conocimiento del corazon humano son capaces los Italianos, mas semejante profundidad no es propia de la comedia, y los recreos de la sociedad pueden únicamente enseñar á pintar los hombres en la escena cómica. Goldoni, que moraba

en Venecia, donde hay mas trato que en ninguna ciudad de Italia, usa ya en sus piezas de mucha mas delicadeza de observacion que ninguno de los demas autores : sin embargo sus comedias son cansadas ; siempre se ven las mismas situaciones, porque apénas hay variedad en los caractéres ; sus numerosas composiciones parecen hechas por el modelo de las piezas de teatro en general, y no imitando á la vida. El verdadero carácter de la alegría italiana no es la burla, sino la imaginacion ; no la pintura de las costumbres, sino las exageraciones poéticas ; el Ariosto, no Moliere, pueden divertir á Italia.

Gozzi, rival de Goldoni, tiene mas originalidad en sus composiciones, y se parecen mucho ménos á comedias regulares : tomó la determinacion de abandonarse resueltamente al genio italiano, representar cuentos de hechiceras, mezclar las bufonadas, y las arlequinadas con lo maravilloso de los poemas, no imitar en nada á la naturaleza, sino dejarse llevar de los caprichos de la alegría como de las quimeras de los hechizos, y arrastrar de todas maneras el ánimo fuera de los límites de lo que pasa en el mundo. Tuvo en su tiempo un éxito prodigioso, y tal vez es el autor cómico, cuyo estilo se adapta mas á la imaginacion italiana ; pero para saber con certeza cuáles podrian ser la comedia y la tragedia en Italia, seria preciso que en algun parte hubiese teatro y actores. La muchedumbre de

ciudades reducidas, que quieren todas tener teatro, pierde, dispersándolos, los pocos recursos que se pudieran reunir, y la division de los Estados tan favorable por lo regular á la libertad y á la ventura, es dañosa para Italia : hácele falta un centro de luces y de poder para resistir á las preocupaciones que la devoran. La autoridad de los gobiernos reprime á veces en otras partes el movimiento individual ; mas en Italia seria aquella autoridad un bien si luchase contra la ignorancia de los Estados separados, y de los hombres aislados entre sí, si combatiere con la emulacion la indolencia natural del clima, en fin si diese vida á toda aquella nacion contenta hoy con un sueño.

Estas ideas y otras muchas desenvolvió Corina con suma discrecion ; poseia tambien el arte rápido de las conversaciones ligeras que en nada se paran, y la ocupacion de agradar que da mérito sucesivamente á cada uno, aunque solia entregarse á la habilidad que la hacia célebre improvisadora. Rogó repetidas veces al principe de Castel-Forte que la auxiliase, manifestandó sus opiniones sobre el mismo asunto ; pero hablaba con tanta perfeccion, que cuantos la oian se embelesaban, y no consentian á nadie interrumpirla. Mr. Edgerinond en especial no se cansaba de ver y de oir á Corina. atreviase apénas á expresar el sentimiento de admiracion que inspiraba, y pronunciaba en voz baja algunas palabras en loor suyo, esperando que las entendiese, sin

verse precisado á decírselas. Deseaba, empero, con tanta ansia saber su modo de pensar sobre la tragedia, que se arriesgó, á pesar de su timidez, á dirigirle la voz. — Señora, le dijo, lo que me parece sobre todo que falta á la literatura italiana son tragedias, y creo hay ménos diferencia de los niños á los hombres que de vuestras tragedias á las nuestras; porque los niños, en su movilidad, tienen sentimientos ligeros, mas llenos de verdad, al paso que la gravedad de vuestras tragedias tiene cierto aire afectado y gigantesco que destruye para mí toda ilusion. ¿No es así, lord Nelvil? prosiguió Mr. Edgermond, volviéndose hácia él, y llamándole con los ojos para que le sirviese de apoyo; tan turbado estaba de haberse atrevido á hablar delante de tanta gente.

— Mi opinion es igual á la vuestra, respondió Osvaldo. Metastasio, celebrado como el poeta del amor, da á esta pasion el mismo color en todas las almas, y en todas las situaciones. Dignas son de admirarse sus excelentes arias, ora por la gracia y la armonía, ora por las superiores bellezas líricas que contienen, especialmente separándolas del drama en que están colocadas; pero nosotros poseedores de Shakspeare, del poeta que ha profundizado mas la historia y las pasiones del hombre, no podemos soportar aquellos dos pares de enamorados que se dividen el teatro en casi todas las piezas de Metastasio, y llamándose Aquiles, ó Tírsis, Bruto, ó

Corilas, cantan todos de la misma manera penas y martirios de amores, que apénas tocan al alma en su superficie, y pintan con una trivialidad el sentimiento mas tempestuoso que puede agitar el corazon humano. Haré algunas reflexiones sobre las piezas de Alfieri, sin olvidarme del profundo respeto debido á su carácter; su objeto es tan noble, los sentimientos que expresa el autor están tan acordes con su conducta personal, que sus tragedias deben ser siempre alabadas como acciones, aun en el caso de criticarse en alguna parte como producciones literarias. Paréceme á la verdad, que algunas de sus tragedias son tan monótonas en el vigor, como las de Metastasio en la dulzura. Se halla en las obras de Alfieri una profusion tal de energía y de magnanimidad, ó de otra manera, tanta exageracion de violencia y de delito, que es imposible reconocer en ellas el verdadero carácter de los hombres, pues nunca son tan malos, ni tan generosos como él los pinta. La mayor parte de las escenas se han compuesto para presentar en oposicion el vicio y la virtud; mas estas oposiciones no aparecen con las gradaciones de la verdad. Si los tiranos permitiesen en la vida lo que los oprimidos les dicen frente á frente en las tragedias de Alfieri, casi daria gana de tenerles compasion. Octavia es una de las piezas en que mas se echa de ver esta falta de verosimilitud: Séneca habla en ella sin cesar de moral á Neron, como si fuese el hombre mas su-

frido del mundo, y Séneca el mas animoso de todos. El señor del universo consiente en la tragedia que le insulten, y se enfurece en todas las escenas por dar gusto á los espectadores, como si no estuviese en su mano dar fin á todo con una palabra. Sin duda alguna aquellos continuos diálogos proporcionan hermosísimas respuestas de Séneca; y seria gustoso encontrar en una arenga, ó en un tratado los nobles pensamientos que expresa; pero ¿se da de esta suerte idea de la tiranía? Esto no es pintarla con sus colores mas tremendos, sino hacerla blanco para esgrimir las palabras. Mas si Shakspeare hubiese representado á Neron rodeado de hombres sin aliento, osando apénas responder á la pregunta mas indiferente; á él mismo, encubriendo su turbacion, y haciendo esfuerzos para aparentar sosiego, y á Séneca á su lado trabajando en la apología de la muerte de Agripina, ¿no hubiera sido mil veces mayor el terror? y en lugar de una reflexion indicada por el autor, ¿no se habrian movido mil en el alma de los espectadores, por el mismo silencio de la retórica, y por la verdad de las pinturas?

Largo rato hubiera podido hablar todavía Osvaldo, sin que Corina le interrumpiera, porque se recreaba de tal suerte en el sonido de su voz, y en la noble elegancia de sus expresiones, que habia deseado prolongar horas enteras aquella impresion. Sus miradas clavadas en él se apartaban con tra-

bajo, aun despues que acabó de hablar; y volviéndose lentamente hácia los demas, que le preguntaban con afan su dictámen sobre la tragedia italiana, y dirigiéndose otra vez á lord Nelvil: — Milord, le dijo, casi en todo soy de vuestro modo de pensar; así, pues, no os respondo para contradeciros, sino para manifestar algunas excepciones de vuestras observaciones, quizá demasiado generales. Metastasio, á la verdad, es mas bien poeta lírico que dramático, y pinta el amor como una de las bellas artes que hermocean la vida, no como el secreto mas íntimo de nuestras penas ó de nuestra dicha. En general, aunque nuestra poesia ha sido consagrada á cantar el amor, me arriesgaré á decir que tenemos mas profundidad y mas ternura para pintar las demas pasiones; porque á fuerza de hacer versos de amores, se ha creado entre nosotros sobre este punto un idioma convenido, y no sirve ya de inspiracion á los poetas lo que sienten, sino lo que leyeron. El amor, conforme existe en Italia, no se parece nada al amor cual le pintan nuestros escritores; y únicamente sé de una novela *Fiammetta* del Bocacio, en que se encuentre idea de esta pasion descrita con los colores verdaderamente nacionales. Nuestros poetas sutilizan, y exageran los sentimientos, cuando el carácter real de la naturaleza italiana es una impresion rápida y profunda, mas bien expresada con acciones silenciosas, que con un ingenioso lenguaje. Por lo regular nuestra literatura expresa

poco nuestro carácter y nuestras costumbres : somos una nacion muy excesivamente modesta, estoy por decir harto humilde, para atrevernos á tener tragedias nuestras, compuestas con nuestra historia, ó á lo ménos caracterizadas con nuestros propios sentimientos (1).

Alfieri, por una casualidad singular era, digámoslo así, trasplantado de la antigüedad á los tiempos modernos ; habia nacido para obrar, y solo pudo escribir, y su estilo y sus tragedias se resienten de esta sujecion. Quiso caminar por medio de la literatura á un fin político ; fin el mas noble de todos sin duda alguna ; mas no importa, no hay cosa que tanto desnaturalice las obras de la imaginacion. Alfieri, cansado de vivir en el seno de una nacion en que se hallaban eruditísimos sabios, y algunos hombres de gran ilustracion ; pero cuyos literatos y lectores no se interesaban la mayor parte en nada grave, recreándose únicamente con los cuentos, con las novelas, y con los madrigales ; Alfieri, repito, trató de dar á sus tragedias el carácter mas austero. Suprimió los confidentes, los golpes de teatro, todo, ménos el interes del diálogo, como si pretendiese

(1) *Giovanni Pindemonte* ha publicado hace poco un teatro, cuyos asuntos son todos tomados de la historia italiana ; empresa sumamente interesante y laudable. El nombre de Pindemonte es tambien ilustre por Hipólito Pindemonte, que es uno de los poetas italianos en quienes se halla mas atractivo y mas dulzura.

que los Italianos expiasen su viveza y su imaginacion natural ; no obstante, excitó admiracion, porque en realidad es grande en su carácter y en su alma, y porque los moradores de Roma en especial aplauden las alabanzas que se dan á las acciones y á los sentimientos de los antiguos Romanos, como si todavía les cupiese de ellas alguna parte. Gustan de la energía, y de la independenciam, á la manera que de los hermosos cuadros en las galerías ; pero no por eso es ménos cierto que Alfieri no ha creado lo que pudiera llamarse teatro italiano ; esto es, tragedias, á que se pudiera hallar un mérito particular en Italia, y ni aun ha caracterizado las costumbres de los países y de los siglos que pintaba. Su conjuracion de los Pazzi, Virginia, Felipe II, son admirables por la elevacion y el vigor de las ideas ; mas siempre se descubre el carácter de Alfieri, y no el de las naciones, ni de los tiempos que pone en la escena : y aunque el carácter de Alfieri y el frances no tienen la mas remota analogía, se parecen en cuanto ambos adornan con sus propios colores todos los asuntos que tratan.

Oyendo hablar el Conde de Erfeuil del carácter frances tomó la palabra. — Ciertamente, dijo, no podríamos aguantar en la escena las inconsecuencias de los Griegos, ni las monstruosidades de Shakspeare ; tienen los Franceses demasiado gusto. Nuestro teatro es el modelo de la delicadeza y de la elegancia que le distinguen de todos ; y seria sumirnos en

la barbarie querer introducir entre nosotros cosas extranjeras. — Lo mismo fuera, dijo Corina sonriéndose, que levantáseis al rededor de Francia la gran muralla de la China. Es indudable que en vuestras tragedias se encuentran singulares bellezas, y acaso se presentarían á vuestros autores otras nuevas, si alguna vez consintiéseis que os mostrasen en la escena mas que Franceses. Pero para nosotros que somos Italianos, perdería mucho nuestro genio dramático, si se sujetase á unas reglas que sin darnos honor, nos impondrían sujecion: el teatro de una nacion debe componerse de su fantasía, de su índole y de sus costumbres: los Italianos gustan con extremo de las bellas artes, de la música, de la pintura, y aun de la pantomina, en fin de todo cuanto conmueve los sentidos. ¿Cómo, pues, han de contentarse por único placer teatral con la autoridad de un diálogo elocuente? En vano Alfieri con todo su genio quiso reducirlos á ello; y él mismo conoció que su sistema era harto severo (1).

La *Merope* de Maffei, el *Saul* de Alfieri, el *Aristodemo* de Monti, y sobre todo el poema del Dante, aunque este autor no ha compuesto tragedias, me parecen á propósito para dar idea de lo que pudiera

(1) Acaba de publicarse una coleccion de las obras póstumas de *Alfieri*, donde se encuentran trozos muy amenos; pero por un ensayo dramático bastante extraño que hizo sobre su tragedia de Abel, puede inferirse que él mismo hallaba sus piezas demasiado severas, y juzgaba que en la escena debía concederse mas á los placeres de la imaginacion.

ser al arte dramático en Italia. La accion de la *Merope* de Maffei es sumamente sencilla, pero tiene una poesia brillante, engalanada con las mas hermosas imágenes; ¿y por qué no ha de usarse esta poesia en las obras dramáticas? La lengua de los versos es tan magnífica en Italia, que sería mayor yerro que en ninguna otra parte renunciar á sus bellezas. Alfieri sobresaliente, cuando queria, en todo, hizo en su *Saul* un uso pomposísimo de la poesia lirica, y aun pudiera introducirse con excelente efecto la música, no para mezclar el canto con el recitado, sino para sosegar los furiosos arrebatos de Saul con el arpa de David. Es tan hermosa nuestra música, que su deleite puede hacernos indiferentes á los placeres del entendimiento; y en lugar de querer separarlos fuera bueno procurar reunirlos, no haciendo cantar á los héroes, pues esto destruye todo decoro, sino introduciendo coros al modo de los antiguos, ó efectos de música enlazados con la situacion por medio de las combinaciones naturales, segun sucede tan frecuentemente en la vida. Léjos de minorar en el teatro italiano los placeres de la imaginacion, me parece convendría aumentarlos y multiplicarlos de todas maneras, por quanto la aficion extremada de este pueblo á la música y á los bailes de gran espectáculo, es un indicio del poder de su fantasía, y de la necesidad de interesarle siempre, aun en los objetos mas graves, en vez de hacerlos como Alfieri mas severos.

La nacion se considera obligada á dar aplausos á lo que es austero y serio; pero vuelve muy presto á sus naturales inclinaciones, fáciles de satisfacer en la tragedia, si la hermoseasen con el atractivo y la variedad de las diferentes especies de poesía, de que saben disfrutar en sus diversidades teatrales los Ingleses y los Españoles.

El Aristodemo de Monti tiene alguna cosa del patético terrible del Dante, que seguramente es esta tragedia con razon una de las mas admiradas. El Dante, gran maestro por tantos estilos, poseia el genio trágico mas capaz de producir efecto en Italia, si de algun modo pudiese adaptarse á la escena; porque este poeta sabe pintar á los ojos lo que pasa en lo interior del alma, y su imaginacion hace sentir y ver el dolor. Si el Dante hubiese escrito tragedias, habrian causado impresion á los niños como á los hombres, y lo mismo al vulgo que á los entendimientos cultivados; la literatura dramática debe ser popular; es como un acaecimiento público y debe juzgar de él toda la nacion.

— En el tiempo que vivia el Dante, dijo Osvaldo, tenian los Italianos en Europa, y en su propio país, una gran representacion política: ahora quizá no es posible que tengais teatro trágico nacional, pues para que exista, es preciso desarrollen extraordinarias circunstancias en la vida los sentimientos que se expresan en la escena. De todas las grandes obras de literatura, no hay ninguna tan dependiente

de todo el conjunto del pueblo, como una tragedia; los espectadores contribuyen á ella casi tanto como los autores mismos; porque el genio dramático se compone del espíritu público, de la historia, del gobierno, de las costumbres, en fin de cuanto cada día se introduce en el ánimo, y forma el ser moral, como el aire que se respira alimenta la vida física. Los Españoles, á quienes vuestro clima y vuestra religion deben haceros parecidos, tienen, no obstante, mas genio dramático; sus piezas están llenas de su historia, de su caballería, de su fe religiosa, y son originales y vivas; verdad es que sus progresos en esta parte son del mismo tiempo que su gloria histórica. ¿Cómo, pues, habia de fundarse ahora en Italia, lo que jamas hubo, un teatro trágico?

— Por desgracia puede ser cierto lo que decís, milord, repuso Corina; mas con todo yo espero mucho en favor nuestro del vuelo natural de los ingenios en Italia, y de su emulacion individual, aun no auxiliándose circunstancia alguna exterior. Lo que principalmente nos falta son actores; las palabras afectadas producen indispensablemente una declamacion falsa; pero no hay lengua en que un gran actor pudiese manifestar mas talento que en la nuestra, porque la melodía de los sonidos da un nuevo encanto á la verdad del acento; y es una música continua, que se mezcla con la expresion de los sentimientos sin quitarles nada de su vigor. — Si quereis convencer de lo que decís, interrumpió

el príncipe de Castel-Forte, es menester que nos lo probeis : si, concedednos el placer imponderable de veros representar una tragedia ; debéis dar á los extranjeros, á quienes juzgais dignos de él, el singular deleite de ver una habilidad que vos no mas poseéis en Italia, ó por mejor decir, que vos sola poseéis en el mundo, pues toda vuestra alma está impresa en ella.

Corina deseaba en secreto representar una tragedia delante de lord Nelvil, para ostentar con mas ventaja su mérito ; pero no se atrevia á aceptar sin su aprobacion, y pedíasele con sus miradas. Entendiólas, y como juntamente se hallaba conmovido de la timidez que la habia impedido improvisar la víspera, y ansioso de lograr para ella los aplausos de Mr. Edgermond, se unió á los ruegos de sus amigos. — Ya no vaciló mas Corina. — Pues bien, dijo volviéndose al príncipe de Castel-Forte, realizaremos, si gustais, el proyecto que hace tanto tiempo tenia de representar mi traduccion de Julia y Romeo. — ¿ Julia y Romeo de Shakspeare ? exclamó Mr. Edgermond : ¿ sabéis inglés ? — Sí, respondió Corina. — Y ¿ amais á Shakspeare ? — Como á un amigo, pues conoce todos los secretos del dolor. — ¿ Y representareis su tragedia en italiano ? exclamó Mr. de Edgermond, y yo la oiré ? ¿ y vos la oireis tambien, querido Nelvil ? ¡ ah ! ¡ qué feliz sois ! — Luego arrepintiéndose al punto de esta palabra indiscreta, se sonrojó ; y el rubor inspirado por la bon-

dad y la delicadeza en cualquiera edad puede causar interes. ¡ Qué felices seremos, repitió como turbado, si asistimos á tal espectáculo !

CAPITULO III

En pocos dias se halló todo dispuesto, repartidos los papeles, y escogida la noche para la representacion en un palacio propio de una parienta del príncipe de Castel-Forte, amiga de Corina. Sentia Osvaldo una mezcla de zozobra y de placer al acercarse aquel nuevo triunfo ; disfrutaba ya de él de antemano ; empero tambien estaba de antemano celoso no de tal ó cual hombre en particular, sino del público, testigo de las gracias de su amada ; hubiera deseado conocer solo su talento y sus atractivos ; en fin, que Corina, tímida y encogida como una Inglesa, poseyese solo para él su elocuencia y su genio. Por mas apreciable que un hombre sea, quizá jamas disfruta con quietud de la superioridad de una mujer ; si la ama, le causa cuidado, y si no, su amor propio se da por sentido. Así Osvaldo, junto á Corina se hallaba mas embriagado que feliz, y la admiracion que le inspiraba aumentaba sus pesares, sin hacer mas estables sus inten-